



LYNDON ÜBER ALLES

Por **ROBERT SHERRILL**

El último capítulo del ya famoso libro de Robert Sherrill, "El Presidente accidental", que dentro de unos días será puesto a la venta por "Edició de Materials", de Barcelona, lleva el título de "Lyndon über alles". Por su longitud, y para que tuviese cabida en nuestras páginas, hemos decidido dividirlo en dos. La primera parte va a continuación; en nuestro próximo número publicaremos la segunda. Sherrill analiza en este capítulo la actitud de Lyndon B. Johnson ante la guerra del Vietnam, al mismo tiempo que perfila y completa la semblanza que a lo largo de todo su libro ofrece del actual Presidente norteamericano.

Johnson ha arruinado moralmente a todas las gentes de buena fe del país con las que ha tratado, y arruinará igualmente a todas las gentes del extranjero que traten con él.

(I. F. Stone, octubre de 1966.)

YA empieza a ser hora de que Lyndon Johnson comience a cosechar fama por haber herido a alguien hasta matarlo. Aquellos que seguían de cerca su carrera, cuando quedó ya claro que no entraba en su programa la idea de crear una Gran Sociedad, se mostraron prestos a deducir que el viejo Lyin' Down Lyndon se sentía cansado y estaba preparándose para acostarse a descansar de nuevo. Esta impresión era bastante generalizada y quizá por ello no consiguió aglutinar la confianza del país para comenzar a crear, casi por su cuenta, la guerra entre Vietnam y los Estados Unidos. De un modo superficial y partidista, se llama a esta guerra, en muchas ocasiones, la «guerra de Johnson». Los que la califican de esta forma, probablemente, no llegan a darse perfecta cuenta de cuán acertados están.

Es «su» guerra. Desde que William Randolph Hearst y Theodore Roosevelt combinaron sus respectivos talentos para provocar la guerra entre España y los Estados Unidos, no se había vuelto a plantear tan deliberadamente un conflicto de tanta importancia. Pero mientras que aquella guerra necesitó la mutua interacción de dos individuos y causó tan sólo la muerte de 385 norteamericanos, Johnson, prácticamente solo, ha conseguido desencadenar una guerra que ha costado ya la vida a más de 5.000 norteamericanos.

Los tres apartados que seguirán están destinados a constituir un adecuado reconocimiento de tan gran militarista, de sus motivaciones y de los métodos que emplea para atrapar al país.

De todos los inquietantes ecos que resuenan en la Casa Blanca, ninguno eriza los pelos de la nuca con un terror tan refinado como los que emanan de las voces de Johnson cuando habla sobre la paz. «Nuestra pasión es la paz». Este slogan lo emplea Lyndon. Es el mismo Lyndon quien, a lo largo de toda su acción presidencial, ha permitido que las ventas de armamentos y equipos militares efectuadas por el Pentágono a países extranjeros se hayan triplicado, de medio billón de dólares durante el año 1963, a 1,5 billones de dólares anuales —sin incluir los que hemos regalado en concepto de ayuda militar—, convirtiéndonos en los más importantes buhoneros del mal que conoce la Historia. Desde que Johnson se erigió en líder demócrata del Senado hasta el presente momento, este país ha cedido o vendido a otros países armas por un importe de 35 billones de dólares. Pero hay que hacer constar que lo hemos hecho de un modo muy democrático: hemos vendido siempre a ambas partes en conflicto. A la India y a Pakistán, a Israel y las naciones árabes.

Ha llegado un momento, en este año L. B. J., en que «la monstruosa coalición industria-comercio-Pentágono para la realización de los programas militar-espaciales, está casi fuera de control». Esta parece que es una cita del congresista Don Edwards, presidente de la American for Democratic Action, pero muchos otros han apreciado igualmente tal peligro. Lo que Eisenhower advirtió en cierta ocasión que estaba llegando, se ha consolidado definitivamente con Johnson; esto es: un cheque en blanco para los militares. En una reciente conferencia de prensa, Johnson mencionó lo que él consideraba como uno de los más sabios consejos de su amigo Sam Rayburn. Johnson había cometido la inconsciente y momentánea apostasía de poner en duda una decisión de los generales. Rayburn le censuró: «Lyndon, si esa gente del Estado Mayor conjunto y un hombre de la experiencia militar de Eisenhower, no saben sobre esto más que nosotros, que somos simples legisladores civiles, entonces es que hemos estado derrochando mucho dinero inútil sobre West Point en todos estos años». Johnson nunca lo olvidó, excepto cuando Ike trató de hacer economías. Hubo ocasiones, en el transcurso de los años, en que se quejaba de que los generales «solamente conocen dos palabras: gasto y bomba», pero después de formular su matizado lamento, aquéllos continuaron igual: gastando y bombardeando. En 1966, el Pentágono tenía a su disposición 100 billones de dólares, incluyendo asignaciones anteriores que no se habían gastado, más del doble de lo que el Congreso asignó durante el año para todos los gastos civiles en conjunto. Esto es: el doble de lo que el país gastó a todos los niveles: municipal, estatal y nacional, para la enseñanza y educación primarias, secundarias y universitarias.

En una guerra sin declarar contra una de las naciones más pequeñas y más alejadas del Este, sin un Tojo o un Hitler que echarnos a la cara, y teniendo por oposición en el campo de batalla al aparato militar más rudimentario que pueda pensarse, estamos invirtiendo, anualmente, una cifra más alta que en la II Guerra Mundial.

Hemos llegado a esta situación, a través de la historia progresiva de L. B. J. Al estallar la guerra de Corea, a la cual definió como más significativa que la II Guerra Mundial, Johnson solicitó la máxima movilización legal de tropas reservistas, guardia nacional, reclutas, mano de obra civil e industrial, y apoyó todo aquel enorme gasto porque, según dijo, «ésta no es una guerra de teneduría de libros». Cuando Humphrey afirmó que él también veía la necesidad de emprender una enérgica acción militar, se preguntó públicamente: «¿Qué ha sucedido con los fondos, con esos 13 ó 14 billones de dólares?», que habían sido asignados al Departamento de Defensa, Johnson se lo sacó de encima. «No deseo meterme ahora en ese asunto —dijo—. No deseo echar las culpas a nadie, ni individualmente ni como grupo», por falta de unas cuentas claras. Y menos que a nadie al Pentágono. Si a los generales no se les tiene confianza y se les da todo el dinero que quieran, sin exigirles claridad en las cuentas, es posible que hubiera llegado el momento de preguntarnos



Arriba, Johnson partiendo la gran tarta de homenaje que le ofreció la Convención demócrata después de su elección como candidato a la Presidencia. Abajo, ante su rancho del Pedernales. Tres banderas ondean: la de los Estados Unidos, la del Estado de Texas y la suya propia, en la que lucen sus iniciales.



—y lo que sigue son palabras de Johnson—: «¿Hemos llegado a la hora crepuscular de nuestra nación, la última hora en que una tenue luz precederá a una infinita noche que nos envolverá junto a todo el mundo occidental?». Partiendo de este forzado apunte retórico, Johnson ayudó a emprender, en todo momento, un gasto militar creciente que, con la excepción de una breve e insignificante depresión económica producida tras la guerra de Corea, ha continuado su ascensión hasta el presente momento.

Durante una gala celebrada en el condado de Cook no hace muchos días, dijo: «Les abandono con la seguridad de que amamos la paz y que la buscamos en cada hora de cada día». Fue el último versículo de la epístola que dirigió Lyndon a los «chicaguenses». Habla en aquellas palabras, según observó el alcalde Daley, una cadencia bíblica. Y durante la reunión celebrada con la *American Alumni Council* (Congreso Norteamericano del Aluminio) en los *White Sulphur Springs* (Manantiales de sulfuro blanco), del oeste de Virginia Johnson, expuso las razones que le indujeron a ordenar que se lanzara una cantidad de explosivos a nivel de la II Guerra Mundial sobre el diminuto Vietnam del Norte: «Tantear en el empleo de la fuerza para vencer a otros es perder el tiempo». Explicó que usaba armamento y bombas «como un viejo maestro de escuela que se ha metido en política sólo para aprender que todo en esta vida se desarrolla como en un aula escolar. Para mí vida he tomado muy en serio la advertencia de que el mundo está inmerso en una pugna entre la buena educación y el caos». Por eso él está destruyendo Vietnam del Norte: para educarlo y sacarlo del caos.

Algunos insisten en que tales declaraciones son el indicio externo de un rasgo esquizofrénico. La ilusión de su locura no proviene de lo que Johnson dice o deja de decir en sus parlamentos, sino de la yuxtaposición entre lo que dice y hace. Eso es lo que atomiza nuestro porvenir.

Con un ángel repleto de misericordia y armado con un rifle de dos cañones merodeando por Washington, la lógica debe adaptarse por sí misma a las más puras esencias prusianas, o la comprensión resultará caótica. El humor deberá adaptarse cuidadosamente a los acordes de una enérgica marcha militar. ¿Crearían ustedes, por ejemplo, que se celebró una conferencia sobre asuntos de desarme en la Casa Blanca, en la primavera de 1965, y en ella no se discutió para nada ninguno de los programas de desarme ya elaborados —tal como señaló el senador Clark, fueron separados del orden del día de la conferencia a última hora— y que la *Arms Control and Disarmament Agency of U. S. A.* (Agencia de Control Armamentista y del Desarme de Estados Unidos) contrató a seis antiguos especialistas para los Departamentos de Estado y Defensa, a efectos de que redactaran un informe explicando por qué resulta imposible el desarme?

No. Lyndon Johnson no está loco. Es únicamente un vulgar militarista procedente de los reductos sudistas. Está perfectamente dispuesto y es lo suficiente capaz para utilizar su militarismo en aras de obtener más votos o más rentabilidad en el negocio porcino. Y, si fuera necesario, haría estallar a medio mundo por cualquier absurdo resentimiento.

Esta faceta de Johnson, no sabemos bien por qué, continúa sorprendiendo a la gente e irritándola por el hecho de que constituye algo que no esperaban. La misma noche que Johnson efectuó su parlamento en Chicago, Barry Goldwater realizaba otro allí mismo. Inez Robb explicó: «Tuve que oír medio discurso de Johnson antes de poderme dar cuenta de que no estaba escuchando las palabras de Barry Goldwater». Se sintió tan sorprendida que estuvo a punto de interrumpirle para decirle que no era verdad que nuestra gran democracia fuera una oligarquía militarista, puesto que el Comandante en jefe es el mismo Presidente, el cual nombra a los jefes militares, tal como está previsto en la Constitución, y no al revés.

La excitación de la señorita Robb no es irrazonable, pero resulta evidente su incapacidad para asimilar el neofascismo de Johnson. Su carrera ha estado dedicada tan intensamente en pro de lo militar, que se imagina la exploración espacial, que está dirigida por funcionarios militares retirados, como algo adaptable al uso militar, como si se tratara de dominar el Universo al estilo característico de las tiras cómicas de Chester Gould. A principios de 1958, alentó a sus huéspedes demócratas que no se detuvieran ante nada hasta ver a los Estados Unidos dominando el espacio: «Lugar desde donde puede ejercerse un control total sobre la Tierra... El que gane esta última posición obtendrá el control, el control total sobre la Tierra». *The New York Times* le atacó, junto con otros periódicos, por atizar en favor de «tan horribles perspectivas de imperialismo espacial norteamericano».

Poco después de la II Guerra Mundial, según se nos informa en *The Lyndon Johnson Story*, Johnson temía que el aparato militar de los Estados Unidos fuese desmantelado. Molestaba tanto a Rayburn con sus temores, que el presidente del Congreso le nombró miembro del nuevo *Postwar Military Policy Committee* (Comité político-militar de la posguerra), desde donde podría ayudar para que sus temores no tuvieran motivo de fundamento. También fue designado para el *Joint Committee on Atomic Energy* (Comité conjunto para la energía atómica).

Los militaristas de la colina capitolina acostumbran a pensar normalmente de la misma forma que lo hacen los exaltados sudistas, tales como Mendel Rivers, presidente de la *House Armed Services Committee*; Richard Russell, presidente del *Senate Armed Services Committee*; John Stennis, encargado de coordinar varios asuntos relacionados con el armamento espacial, y Strom Thurmond, brigadier de la guardia nacional del Sur.

Johnson fue considerado raras veces como un tipo de esa clase. Pero ninguno de ellos podía compararse a su talento de la más pura estirpe militarista pentathlioniana. Todos sus afanes y experiencias como diputado y senador eran compaginados con el más alto sentido militarista de la guerra. El era miembro de la *House Naval Affairs Committee*, miembro del *Senate Armed Services Committee*, presidente del *Senate Preparedness Committee*, presidente del *Space Committee* y miembro del *Appropriation Subcommittee for Armed Services*.

Aparte de algunos compañeros de legislación, sus principales camaradas

se contaban entre aquellos que perseguían machaconamente a los almirantes y generales por los pasillos, actuando de un modo preconcebido. En los descansos del Congreso acostumbrados a departir siempre con los mismos cofrades: Russell, con quien a menudo adoptaba actitudes paternales; William Knowland, el necio senador derechista de Formosa, a quien Johnson, en una ocasión, abrazó brutalmente, hasta dejarlo casi sin aliento, por considerarlo «mi sincero y estimado amigo», y Stennis y Eastland, y los otros beligerantes sudistas que se aferran, como Rómulo y Remo, a los pezones de la ley de incauciones militares, gracias a la cual van engordando.

Johnson, aparentemente, no ignoraba sus peligrosas tendencias cuando estaba a punto de subir al caballo presidencial. En 1960, en uno de sus escasos instantes de candor, observó: «No creo que tenga la preparación, la disposición y el temperamento adecuados para la Presidencia». Necesita, por lo visto, el apoyo disciplinado de sus iguales —«soy un hombre de Congreso», añadió en aquella misma ocasión— para poder tener al país atrapado por el cuello. Como ejecutivo en jefe, sus profundos anhelos escapan de todo control.

Esa intoxicación adicional de una mayoría abrumadora de individuos leales que le apoyaban en la rama legislativa, ha estado a sus órdenes durante tres años. Por eso se enfurece contra los críticos senatoriales de su política vietnamita. Cuando pasea por algunos pasillos de la Casa Blanca, sonriente y agarrado del brazo del que debería ser su opositor, Everett Dirksen, es cuando aparece más hinchado a los ojos de los periodistas.

Dirigiéndose a la multitud en Omaha, durante el último mes de julio, desarrolló otro punzante y barroso discurso, destrozando todo tipo de oposición: «Hace tan sólo veinte meses —gritó— el pueblo norteamericano participó en unas extraordinarias elecciones generales. La gente de cuarenta y cuatro Estados de esta Unión... me otorgaron un directorio, y una gran mayoría me votó para la Presidencia de este país... Hay ahora muchos, muchos, muchos que pueden recomendar y aconsejar; unos pocos pueden, incluso, ejecutar. Pero hay sólo uno que ha sido elegido por el pueblo norteamericano para decidir».

¡El elegido! Cree haber llegado a ser lo que predijo hace dieciocho años: «Una fuerza casi irresistible».

En aquel delirio que resultó ser la estúpida conferencia de prensa del 17 de junio de 1965, Johnson reveló el concepto que tiene de sus atribuciones como Presidente. Declaró, sin más, que no necesitaba la autorización del Congreso para emplear el ejército donde y como dasee. «La autoridad del Presidente es muy clara e incuestionable. No necesita el previo acuerdo del Congreso. El Comandante en jefe posee toda la autoridad que estoy ejerciendo. Cada vez que ellos —el Congreso— quieren arrebatarle la autoridad que los poderes de mi cargo me confieren, lo pueden intentar. Pero sólo serán escuchadas las expresiones que aprueben la decisión que tomemos».

¿El Congreso puede aprobar, pero no puede desaprobar sus actos? Esta no es la única interpretación que da a sus poderes de asentamiento. Cuando estaba situado en el poder legislativo, vela a éste como, por lo menos, a la misma altura, en importancia, que el poder ejecutivo, especialmente en los asuntos que afectan a la política militar. Incluso si de la conferencia de desarme de Ginebra llegase un acuerdo sobre la prohibición de las pruebas nucleares, la opinión del Senado, afirmó en abril de 1960, es probable que no lo acatará. Hoy día ve al poder legislativo como una herramienta del poder ejecutivo. Con gran regocijo se frota las manos cuando «el Congreso aprueba... la determinación del Presidente en funciones de Comandante en jefe para tomar todas-todas-todas las medidas necesarias para repeler cualquier-cualquier ataque armado», se presente donde se presente. Lo mismo puede considerarse sobre los hasta ahora tradicionales poderes del Congreso sobre cuestiones del desarrollo bélico.

¿Cómo, si no, puede uno explicarse que Johnson carezca totalmente de una política determinada, de un fundamental sentido de la dirección, de un temple básico necesario, de una ética formal, para el trato con otras naciones? «Estamos viviendo en un mundo formado por 120 naciones —dijo, poco después de alcanzar la Presidencia— y tenemos 120 políticas diferentes. Era una apreciación conservadora. Johnson es el genio desafortunado del ad hoc».

A principios de 1950 parecía el doctor Extrañoamor, listo para dejar caer la Bomba sobre Moscú y quedarse tan tranquilo. En plena guerra de Corea propuso precipitar los acontecimientos, vencer con un plan de estrategia militar a escala universal y, finalmente, darle unas cuantas cornadas a Rusia. «¡Qué trágico, qué horrible sería para el mundo libre —esto es, para Occidente— malgastar a su juventud masculina en guerras banales y no decisivas, haciendo el juego al enemigo!», dijo el 12 de diciembre de 1950. Posteriormente aconsejó a Rusia: «Estamos ya cansados de luchar contra sus hombres de paja. No sacrificaremos por más tiempo a nuestros jóvenes en el altar de sus conspiraciones. La próxima agresión será la última... Arremeteremos, no contra sus satélites, sino contra ustedes mismos. Arremeteremos con todo el terrible poder que está bajo nuestro control y será una embestida aplastante».

Esta exteriorización de rabia fue realizada el 12 de noviembre de 1951. Tres meses más tarde volvía a estar dispuesto para el bombardeo. «Creo que debemos de anunciar que cualquier acto de agresión, sea donde sea, por cualquier fuerza comunista, será considerado como un acto de agresión por parte de la Unión Soviética. Hemos de mantener nuestro potencial a punto. Todo ese potencial que estamos acumulando. Si alguien del mundo comunista, por cualquier medio, abierto o encubierto, viola el suelo del mundo libre, nosotros deberemos descargar todo el poder de que disponemos sobre las partes vitales de la Unión Soviética. Esa es la política hacia la que deberíamos tender. Esa es la política que deberíamos mantener durante uno, durante cinco o durante quince años». Johnson es incapaz, afortunadamente en este caso, de mantener una línea política constante durante un año y, desde luego, mucho menos durante quince. Vietnam es una excusa inmejorable para «descargar todo el



Con sombrero tejana, Johnson saluda, estrechando manos, al pueblo de El Paso, cuando fue allí para recibir a López Mateos, Presidente de Méjico.

poder de que disponemos sobre las partes vitales de la Unión Soviética», o de Pekín.

Controlado por la sensatez de Kennedy, Johnson, por lo menos públicamente, actuó como si admitiera el cercano y real peligro de los misiles rusos en Cuba con una serena ecuanimidad. A últimos de 1962, en respuesta a las críticas que se hacían en torno al bloqueo de Cuba ordenado por Kennedy, Johnson dijo: «Parar un barco ruso es como realizar un acto de guerra... Algunos tienen más agallas que cerebro. Sería absurdo cuando estamos intentando evitar el tener que mandar tropas a Nicaragua». Esta templanza no era más que una mala imitación de Kennedy; las ideas propias las expuso en una reunión secreta celebrada en la Casa Blanca, en donde, poco antes de las elecciones de 1962, mientras otros de los presentes en la mesa se sentían invadidos por la temerosa idea de un posible error de cálculo que pudiera provocar una conflagración mundial, Johnson —y solamente él— sugirió fríamente que una actitud dura en Cuba aseguraría el apoyo popular para la mayoría demócrata.

Cuando pueda, por iniciativa propia, adopta una inequívoca actitud militarista. Desde que fue elegido en las últimas elecciones no ha hecho otra cosa. Antes de alcanzar la Presidencia, su militarismo dependía del período de elecciones. Durante los años de elecciones presidencialistas se mostraba manso como una paloma. En 1960 afirmó que Nixon estaba equivocado cuando «hizo la proposición impetuosa de enviar a los soldados norteamericanos a las junglas de Vietnam». Las observaciones hechas por Johnson en 1964 en el sentido de que mantendría la paz a toda costa, han sido justificadamente anudadas, como latas vacías, el rabo de lo que ahora dice respecto a que no «esquivaré el bulto y saldré pitando». Dos meses antes de esas elecciones prometió solemnemente que los bombardeos comenzarían «sólo como un último recurso», ya que tenía pleno conocimiento de que bombardear Vietnam del Norte podría «probablemente comprometer a los muchachos norteamericanos en una guerra asiática contra 700 millones de chinos».

Pero como las elecciones se desarrollaron sin novedad, Johnson empezó de nuevo a proseguir su vertiginosa carrera. El 17 de abril de 1956 estaba dispuesto a no detenerse ante nada, como en 1951 y 1952, anunciando, en nombre de Dios, que no le importaba el peligroso juego «que pudiera producirse sobre nuestras cabezas». No le importaba el precio que se pudiera pagar. «Si el precio para que termine la agresión es sangre y hombres, estamos dispuestos a pagarlos».

En una ocasión, en 1964, cuando el pueblo puso en sus manos el martillo y Johnson reasumió su actitud de violento internacionalista, Joseph Kraft certificó el «verdadero motivo de la inquietud que existe latente contra el Presidente, es su falta de capacidad para la moderación». Kraft, que no es en absoluto dado a sensacionalismos, cree que debido a que «el poder le excita, y el éxito todavía más», y que «es propenso a la auto-intoxicación», no tiene nada de seductora la idea de que «estamos viviendo en un mundo muy delicado, bajo la dirección de un líder capaz de cualquier exceso». Todo esto suena como si nos estuviéramos refiriendo a Berry Goldwater: el candidato que fue temido por sus excesos. Pero resulta mucho más peligroso este Johnson-1964, que fue capaz de metamorfosear sus intemperancias durante aquella campaña.

No hace muchos años, dijo en un discurso: «Me acuerdo que hace veinte años —en 1940— un gran Presidente norteamericano me llamó a la Casa Blanca. Allí me dijo: "Lyndon, he aceptado un compromiso para ti; te he elegido para que marques la pauta en el Congreso de jóvenes demócratas de Louisville, Kentucky. Lo que quiero que digas a esos jóvenes es esto: No peligrará la libertad de Norteamérica si los jóvenes de este país son tan fanáticos por la causa de la libertad como los jóvenes alemanes de Hitler lo son por el nazismo". Y añadió: «Creo que esto continúa siendo de gran actualidad».

Varios años atrás nos proporcionó una excelente pista de las medidas que pensaba tomar cara a Vietnam, llegado el momento: «Existe una elección muy clara en la que todos podemos escoger —esto lo dijo en un discurso senatorial el 11 de mayo de 1955—; solamente hay dos alternativas para acabar con la guerra fría: la guerra caliente o la esclavitud». Dos años después seguía repitiendo los mismos sangüneos versículos a modo de predicción: «Es del género tonto hablar de evitar la guerra —dijo—. Estamos

ya en guerra: una guerra en gran escala... Algún día, en algún lugar, de algún modo, debe llegarse a una solución en la pugna entre las fuerzas de la libertad y las fuerzas del comunismo».

La predilección de Johnson por el papel de los hombres duros le incapacita para cualquier cooperación efectiva con otros países sobre bases multilaterales. Si se ve capaz de dominarlos, no colaborará con ellos como un igual. De este modo, el 10 de diciembre de 1963, cuando se enfrentó con la cuestión de reconocer a la junta militar golpista de la República Dominicana, citó a Humphrey, Morse, Fulbright, Dirksen, al subsecretario Ball, a Hickenlooper, Valenti y Manatos y a todo el Gabinete en pleno, para solicitar sus opiniones. Estuvieron todos de acuerdo en reconocer a la junta militar excepto Morse, el cual aconsejó a Johnson: «Lo que deberías hacer es convocar a tus amigos demócratas de Latinoamérica y solicitar su consejo. Deberías llamar al Presidente de Chile; al Presidente saliente de Colombia y al actual; a Betancourt y al actual Presidente venezolano; al anterior Presidente de Costa Rica y al que ahora está en el cargo. Deberías llamar, también, al Presidente de Perú, Terry; al anterior gobernador de Puerto Rico, Muñoz Marín, y al Presidente de México. Si los tuvieras ahora aquí, estoy seguro de que se mostrarían unánimemente opuestos al reconocimiento de la junta militar dominicana. Si reconoces a esa junta militar, lo único que lograrás es que se produzcan nuevos golpes de Estado, con lo cual lo que habrás conseguido es crearle nuevos problemas».

Después de levantarse la sesión consultiva, Johnson llamó a Morse a un despacho aparte y le dijo que no sabía si obraba cuerdamente, pero que tendría que seguir los consejos del Departamento de Estado. Este tipo de disculpas ha llevado a algunos senadores a tener misericordia de Johnson, como si se tratase de un «cautivo de la "sabiduría clásica" del Departamento de Estado», según palabras del senador McGovern. No es ningún cautivo. Siempre ha preferido la férrea dictadura militar que los regímenes democráticos latinoamericanos, que son débiles, pero que nacieron basados en las ansias de reforma. El último acto golpista de los militares argentinos fue reconocido inmediatamente, apenas un momento después de serle comunicado. Al producirse el *putsch* en Brasil, vertiginosamente ofreció su ayuda económica a la junta militar de Castelo-Branco. En Ciudad de México, en la primavera de 1966, sentenció: «Los déspotas no tienen sitio en este hemisferio», a pesar de que estaba colaborando con los déspotas más reaccionarios de todo el hemisferio.

Fue muy esclarecedor ver cuáles eran los demócratas militantes que apoyaban con gran excitación la resolución en contra del coronel Arbenz. Jacobo Arbenz había sido elegido Presidente de Guatemala a principios de 1950. Una vez en el poder, trató de redistribuir entre los campesinos más necesitados algunas de las tierras explotadas por la United Fruit Company. En las Naciones Unidas, ese gran patriota puritano que es Henry Cabot-Lodge, que actualmente aplica la democracia johnsoniana a los vietnamitas, se resistió a las peticiones de ayuda formuladas por Arbenz. Poco después todo quedó confirmado cuando Arbenz fue derrocado por un golpe militar dirigido por la C.I.A.

Ike debe haber pasado momentos bastante angustiosos, cuando departía con Johnson en momentos de tensión mundial. En su libro *Waging Peace* («Una paz agitada»), hace una referencia indirecta, al recordar que:

«Estos encuentros también revelan algo del carácter y del interés de los legisladores. Sam Rayburn, por ejemplo, siempre se mostró ansioso de conseguir seguridades de que Estados Unidos harían siempre lo posible por negociar. El senador Lyndon Johnson, por otra parte, siempre se mostraba ansioso por hacer bien patente al mundo que en todo momento teníamos —o tenía el Senado— preparadas a nuestras Fuerzas Armadas».

Esto viene a propósito de un incidente ocurrido en 1959, durante el que Ike se vio en la necesidad de palmear la cabeza de Lyndon para calmarle, al tiempo que le «reiteraba» que Estados Unidos tenían suficientes bombas atómicas, no sólo para aniquilar a Rusia, sino para ahogar al mundo entero en caso de necesidad.

LYNDON ÜBER ALLES



No son sólo palabras, sino todo un estilo de acción premeditada. Molesto por las alusiones siempre presentes al estilo resolutivo de Kennedy, nos cuenta Ed Lahey, del *Knight Newspapers Washington Bureau*, que durante la crisis dominicana dijo, crispando los dientes: «Haré que se atraganten esos comunistas de Santo Domingo. Ese es mi estilo».

La señora de Johnson, en cierta ocasión, lo definió de otro modo: «Lyndon es inexorable».

Tener la conspicua presunción de que Johnson es temperamentalmente capaz de zambullirse en cualquier conflicto, todavía no explica el por qué lo haría. La respuesta a esto emana de su esencia, no de ninguna lógica segregada por sus ideas.

Las posibilidades que ofrece el conflicto de Vietnam es lo único que explica lógicamente que estemos allí. Sería absurdo pensar que Johnson recorrió medio mundo y ha metido a la nación en el laberinto de una desesperanzadora guerra —según adjetivo empleado por la misma Administración—, simplemente con el propósito de salvar de una nebulosa amenaza comunista a la parte de un país que tiene los índices de subdesarrollo más bajos del mundo. Tiene que haber razones más poderosas. El de proteger los intereses norteamericanos en las manufacturas de las plantaciones de caucho. Es el tipo de razones que impulsan a liberar a un país asiático o latinoamericano. Si en nuestro país se pagan por acre 500 dólares —lo que es más que lo que los amigos de Johnson pagan por acre para el proyectado parque que atravesará el rancho de L. B. J.—, resulta que podríamos comprar Vietnam del Norte y del Sur por 40 billones de dólares, o sea, por una cantidad considerablemente menor de la que gastamos en dos años de lucha en la mitad del citado territorio.

Si Johnson se siente tan terriblemente impaciente por salvar cualquier pequeño reducto del comunismo, ¿por qué no empieza por uno que está tan sólo a 90 millas de distancia? ¿O qué tal iría comenzar por México, que está situado a una discreta distancia y posee abundante cantidad de rasgos socialistas y, puesto que licenció a su ejército profesional hace unos años, sería presa fácil de conquistar, limpiar y reconstruir? —tengamos en cuenta que sólo está a 300 millas del cuartel general de la *Brown & Root*, de Houston, lo cual puede ser peligroso—. Si por aquellas casualidades, por algún extraño cambio mental, bastante improbable, desde luego, se le ocurriera limpiar algún pequeño país del fascismo, tiene la magnífica posibilidad de Haití, que no representa recorrer grandes distancias. Un poco más lejos, pero mucho más cerca que Vietnam, está el Gobierno de Argentina, de reciente instauración y que ha destruido completamente el sistema universitario y ha liquidado radicalmente toda pretensión de libertad (L.B.J. dijo que lo «sentía»).

Existen muchos más lugares adecuados para Johnson, el Gran Reformador, que están a la espera de su turno. Pero, naturalmente, Vietnam es mucho más preferible porque está muy lejos, es más difícil de doblegar y resulta mucho más peligroso luchar en sus pantanos y junglas.

Un indicio adicional a los motivos mercenarios que se ocultan tras los deseos de Johnson de salvar a Vietnam, es que los mismos no se presentaron hasta que él fue Presidente. Si vale la pena salvar a un país del comunismo en 1964, debiera haber valido también la pena en 1954; sin embargo, en aquella lejana fecha, cuando a Eisenhower se le formuló la propuesta de que mandara tropas a Vietnam, dijo que no haría tal cosa sin el consentimiento del Congreso. Johnson le aconsejó lo contrario. Si en 1964 era necesaria la salvación, ¿por qué no lo era en 1961? El reportaje de Robert Trumbull, de *The New York Times*, sobre la jira del vicepresidente Johnson a Asia en ese último año, señala que «de acuerdo con las estimaciones deducidas por algunas personas en las conversaciones de Johnson, la idea de enviar tropas norteamericanas a luchar en defensa de los gobiernos asediados por los comunistas en Vietnam del Sur y Tailandia, nunca se llegó a discutir. En un estadio anterior se había llegado a la conclusión de que los asiáticos ponían en duda la conveniencia de que fueran allí soldados blancos a luchar contra asiáticos. Afirmaban que solamente necesitaban equipo y aprendizaje. Disponían del suficiente potencial humano para hacer frente a la situación».

Si Johnson aconsejó a Eisenhower que no enviase tropas y si como enviado del Presidente Kennedy ni siquiera entró en discusión sobre la necesidad de enviar tropas, ¿por qué, de repente, se hizo tan atractiva la idea de un ataque masivo? El idealismo no puede facilitarnos la respuesta. Johnson ha marginado siempre de su camino el idealismo. Aumentó la envergadura de la guerra por una sencilla razón política: porque en aquellos momentos tenía sumo interés en mantener en ebullición la marmita de los beneficios de la coalición militar-industrial. Pero, en primer lugar, se alzaba el obstáculo de las elecciones. Johnson no olvidó el hecho de que Roosevelt prometiere, antes de sus elecciones, no implicar al país en la guerra y luego lo hiciera. «No tenemos la intención de enviar a los muchachos norteamericanos a nueve mil o diez mil millas de distancia de casa para hacer lo que los muchachos asiáticos debieran estar haciendo por su cuenta»; esto lo dijo poco antes del día de las elecciones de 1964. A los tres meses estaba bombardeando Vietnam del Norte: la escalada estaba en camino y una prosperidad duradera nos aguardaba a la vuelta de la esquina.

Existía, sin embargo, un peligro aterrador: los 700 millones de China, con su ejército de cerca de 20 millones de soldados dispuestos para la guerra. El 28 de septiembre, y de nuevo el 21 de octubre, del año de las elecciones, había tomado una actitud pesimista ante este hecho: «Podríamos vernos

El Presidente recibe cada año, en la Casa Blanca, algunos niños afectados por la parálisis. Con esto sigue la tradición iniciada por Franklin Roosevelt.



envueltos en una guerra continental, en Asia, si lanzáramos allí nuestro potencial».

¿Y si tras el inicio de los bombardeos de Vietnam del Norte, y en el proceso de escalada del envío de tropas norteamericanas, hubieran intervenido los chinos arreando con todo lo que encontrasen por delante? Solamente le habría quedado la alternativa de una guerra atómica, con lo que su nombre se habría convertido en el sinónimo de una maldición. El 17 de junio de 1965 había 75.000 soldados norteamericanos implicados en la lucha: número tres veces superior al establecido en el diciembre precedente. Si China liquidaba este contingente tenía preparada la invasión de Vietnam del Norte, pero esa escala comportaba peligros tremendos. A últimos de 1966, Merriman Smith, de la *United Press International* —U. P. I.—, afirmó que los amigos de Johnson estaban muy preocupados por sus hábitos de noctámbulo. Se paseaba a las tres o las cuatro de la madrugada y, de repente, comunicaba con el centro de inteligencia de la Casa Blanca exigiendo las últimas informaciones sobre Vietnam; luego continuaba arriba y abajo, totalmente desvelado, el resto de



Un testimonio del «espíritu de Glassboro», cuando Johnson y Kosigin se entrevistaron en aquella ciudad de Nueva Jersey. Pero la armonía se esfumó pronto.

la noche. El corresponsal de *The London Observer* notó los mismos síntomas: Johnson aparece con un visible agotamiento nervioso... actúa compulsivamente... su mente excitada salta de un asunto a otro...».

Es su guerra personal porque él la ha creado y la ha mantenido y, por ello, debía concedérsele crédito para la venidera prosperidad prometida. Podría fácilmente explicarse su satisfacción. A partir de ella es raro el discurso donde no menciona «el período más largo de ininterrumpida prosperidad de nuestra historia». Pero todavía quedan algunas omisiones críticas que interceptar. Es una lástima que, en 1965, un 20 por ciento de los soldados norteamericanos que estaban en Vietnam padeciesen enfermedades venéreas. Es lamentable que sus amigos despilfarrasen en dinero más de 150 millones de dólares. Es descorazonador que entre un 20 y un 40 por ciento de nuestros suministros de ayuda al Vietnam fuesen robados o fueran a parar al mercado negro o a manos del enemigo. Produce una tristeza ineludible que nuestros soldados maten a cuatro vietnamitas civiles por cada vietcong que matan. El masacrar a un 35 por ciento de la población vietnamita y liquidar un 85 por ciento de los árboles de las plantaciones de caucho son metas que se han de cubrir para salvar al país.

Una considerable parte del tiempo que estuvo en el Senado, Johnson la empleó haciendo esfuerzos para embrollar los planes que tenía el Presidente Eisenhower para limitar gastos militares. Cuando éste llegó al poder, la consolidación de la N.A.T.O., la construcción de la bomba atómica por la Unión Soviética y, finalmente, el conflicto de Corea, habían confluído para contribuir al establecimiento de programas rígidos y a la perpetuación de una atmósfera en la que resultaba extraordinariamente difícil frenar las ambiciones del Pentágono. Sin embargo, Eisenhower prometió que vendría una era de «seguridad y solvencia» con lo que él llamaba la «Nueva Visión», una nueva política militar que incluía la retirada de buena parte de las tropas destinadas en ultramar y una profunda reducción en la cifra de las mismas.

La muerte de Stalin y la lenta flexibilización de la Europa oriental hicieron que estas metas parecieran sensatas y posibles. Durante los dos años siguientes, Ike se apuntó un tanto al conseguir una reducción de gastos para la defensa en diez billones de dólares, a pesar de la fuerte oposición de los militares. El 19 de mayo de 1953 se dirigió, por radio, en busca del apoyo popular para sus reducciones militares, basándose en que la defensa no podía fundarse en «repentinas y ciegas respuestas a una serie de conatos de incendio. Ello nos conduce al mantenimiento de un número excesivo de hombres y de cantidad de material sin reparar en el coste. La eficiencia será la misma con menos gastos».

Mas la escalada de los halcones del Congreso estaba ya en marcha. En

aquel mismo año, Johnson alcanzaba el liderato del Partido demócrata merced al apoyo de Richard Russell y de Walter George. Posteriormente, él ya tuvo oportunidades de demostrar personalmente su gratitud no sólo a los georgianos, sino también a las peñas militaristas de dentro y fuera del Senado. Al presupuesto original de defensa, presentado por Eisenhower en 1955, le fueron añadidos 356 millones de dólares para iniciar la producción de bombarderos «B-52». La mayor parte de los campos de aviación del país estaban en el Sur y hacían falta aparatos para justificar la necesidad de su servicio. En el presupuesto para 1957, después de que George se lamentara diciendo: «No vamos al mismo ritmo de producción que las fuerzas aéreas soviéticas» —más tarde se demostró que esto era falso—, se añadieron 800 millones de dólares al presentado por Ike, para la construcción de más «B-52».

En 1958, Johnson demostró que consideraba a los militares, aparte de sus demás virtudes, como un maravilloso equipo al estilo del W. P. A. En marzo, cuando existía en la nación un 5,2 por ciento de desempleo, la única solución propuesta por Johnson fue acelerar la producción y gestión militares. Era abierta y descaradamente partidario de cebar la bomba militar. «Quiero que el Senado obtenga garantías, a través del Comité de Preparación Militar —dijo—, de que vamos a continuar instando en pro de una toma de decisiones más rápida por parte del Departamento de Defensa. Estas decisiones deberían ser rubricadas con contratos que contribuirían en gran medida a reincorporar a hombres y mujeres en su nómina». A comienzos del año siguiente escribió al secretario de Defensa, Neil H. McElroy, dándole prisa para un aumento de la producción militar más considerable «en zonas donde exista desempleo sustancial». Su carta no decía nada acerca de emprender esta producción sobre un plan de necesidades militares reales.

Su voluntad para conceder privilegios alcanzó, en ocasiones, proporciones casi cómicas. Cuando la Unión Soviética lanzó su «sputnik», en 1957, el Subcomité de Preparación agarró todos sus escudos y lanzas con gran estruendo y en medio de un griterío impresionante comenzó una investigación para encontrar la causa del porqué Estados Unidos se estaba rezagando en la carrera para la conquista espacial. Las investigaciones volvieron a recomendar el fortalecimiento de la *Strategic Air Force* (Fuerza Aérea Estratégica), el refuerzo de las fuerzas de tierra, mar y aire y el aumento en la producción de misiles balísticos, pero no dieron explicación alguna sobre a qué venía tal banquete para los señores de la guerra y la relación que existía entre la carrera espacial y la recesión sufrida entre 1957 y 1958.

Uno de los relatos más reveladores sobre la buena suerte que acompaña a los que conocen a Johnson y que obtienen la adjudicación de contratos militares, es el referente a una compañía de Texas.

A la *Transport Company of Texas* (T. C. T.) le fue concedido un contrato de mantenimiento de las bases de la isla de Kwajalein, en una forma que algunos consideraron misteriosa. Debido a que la T. C. T. había hecho un «estudio de posibilidades» del problema de Kwajalein —a expensas del Gobierno y con un coste de un 50 por ciento más elevado de lo que en un principio ofertaron—, una junta de la Oficina aeronáutica recomendó que el contrato de mantenimiento fuera negociado directamente con la T. C. T. antes que someterlo a subasta. La «reputación» de la compañía era la razón que daba la junta para adoptar esta decisión; el periodista de *Fortune*, Herbert Solow, que analizó buena parte de la investigación de este sombrío episodio, señaló que, a pesar de que el historial de la compañía para realizar un trabajo de calidad era impecable, su presidente, Edgar M. Linkenhoger, tuvo que pagar, en cierta ocasión, 200.000 dólares al Gobierno para cancelar lo que había empezado como una denuncia federal por evasión de impuestos. (Un miembro de la citada junta que había recomendado a la compañía de Linkenhoger, se fue a trabajar, más tarde, con él.)

Pero las noticias sobre lo que estaba ocurriendo comenzaron a filtrarse por todas partes. Otras compañías se quejaron abiertamente y obligaron a la Marina, muy a su pesar, a solicitar otras ofertas. La capitulación de la Marina fue algo que tiene cierta gracia. Dio a las doce compañías que respondieron un inmenso y complejo montón de informaciones sobre el proceso de mantenimiento, concediéndoles solamente seis días para presentar sus análisis. Además, éstos no sólo debían de contener los trabajos sobre el mantenimiento de Kwajalein, sino también sobre Guam y Midway. No se dio tiempo a estas compañías a que inspeccionaran los lugares en donde debían desarrollarse los trabajos —como había hecho la T. C. T.— porque la efectiva redacción del contrato debía de realizarse en el plazo de ocho días. Ante tales dificultades, solamente presentaron oferta seis de las doce compañías. La mayoría de ellas fueron desechadas por la junta por «falta de detalles». Sin embargo, la T. C. T. no obtuvo el lote de las tres islas. La *Pan American* le pisó el terreno.

Mas la T. C. T. había perdido una batalla, pero no la guerra. El contraalmirante Joseph Dodson, asesor jefe para este tipo de asuntos, hizo algo insólito. Revocó la adjudicación. La *Pan American* —dijo— tiene ya demasiados trabajos con la Marina; además, la Marina tiene una «obligación moral» para con la T. C. T., porque ésta ya ha realizado los estudios previos ordenados por el Gobierno. Así, después de todo esto, el contrato fue adjudicado a la T. C. T.

Esto dio sus frutos en un resultado seductor. Los gastos del contrato alcanzaron los 13,3 millones de dólares, incluida la reducción de un millón que proponía el estudio de la T. C. T. El presidente de esta compañía, Edgar Linkenhoger, de Corpus Christi, era un antiguo, realmente muy antiguo, amigo de Johnson. Otro de los accionistas, John E. Lyle, hijo, estuvo en el Congreso desde 1945 a 1954, y fue siempre un fiel aliado de Johnson. El tercer accionista mayoritario era el hombre del petróleo Sid Richardson, cofrade de L. B. J. y puntual contribuyente de sus campañas. Lyle y Linkenhoger eran también íntimos aliados políticos de George Parr, bajo cuya jefatura obtuvo Johnson la mayoría de 87 votos que necesitaba desesperadamente y que le llevaron a meterse en el Senado de 1948.

No fue vinculado a Johnson ningún tipo de favoritismo específico con la

adjudicación del citado contrato, pero Sam Houston Johnson, hermano de Lyndon, había trabajado para Linkenhoger como «especialista» antes de desplazarse a Washington para integrarse en el equipo de Johnson como oficinista, con 16.000 dólares de sueldo. Sus relaciones con Linkenhoger, dijo, eran confidenciales.

Solow, el periodista, escribió que un funcionario de la T. C. T. le había dicho a un oficial de la Marina, durante el período de regateo: «Tenemos un ciento por ciento de posibilidades, porque Linkenhoger es un buen amigo de Lyndon Johnson». Johnson negó tener siquiera conocimiento de que se hubiera redactado ninguna oferta o contrato. Linkenhoger dijo: «... Es un infierno que tiene mucha historia. No tiene nada que ver con los negocios públicos».

A Franklin Jones, un desprestigiado abogado del Este de Texas, se le atribuye la siguiente máxima: «Para poder entender a Johnson se tiene que penetrar en el Brown & Root del asunto». Los mutuos intereses entre Johnson y la B. & R. son archiconocidos. Johnson concede créditos para el establecimiento de una base de adiestramiento mar-aire en Corpus Christi y para los astilleros de Houston, muy cerca de los de Orange, que tan importante papel jugaron en la II Guerra Mundial, y adjudica los contratos a la B. & R.; y decide igualmente sobre la adjudicación de la construcción de 359 destructores a los astilleros de Texas. Son especialmente lucrativos los trabajos de construcción de defensas en Texas y en el Sur del Pacífico.

No sería razonable sacar la conclusión de que, debido a que Johnson ha sido durante años, y es, un hombre poderoso en Washington, y debido a que la Brown & Root ha llegado a ser, durante ese mismo período, probablemente, la mayor compañía constructora del mundo: impulsada principalmente por las construcciones de defensa en gran escala y por los contratos federales, ya en este país o en el extranjero; repito: no puede sacarse, empero, la conclusión de que todo ello forma parte de un asunto artificial. Un político debe sacar de alguna parte el dinero para sus campañas. ¿Por qué no sacarlo de la Brown & Root, como ha hecho Johnson durante cerca de un cuarto de siglo? La Brown & Root presta al Gobierno una cooperación tan valiosa como cualquier otra aspirante a contratación.

Pero a pesar de esta lógica, hay que resaltar que Lyndon Johnson, George Brown y el más reciente Herman Brown, a pesar de todo... continúan formando un terrible y efectivo conjunto. Por ejemplo: tenemos el caso escasamente importante de la National Aeronautic and Space Administration (N. A. S. A.) sobre la base espacial de Houston. ¿Por qué motivo se constituyó en medio de aquella monotonía, a veintidós millas del corazón de Houston? ¿Por qué, si es que se puede preguntar, se les ocurrió construirlo en Texas, en lugar de hacerlo en Florida, donde se han construido ya otras bases de este tipo y se han gastado billones de dólares? ¿Por qué en Houston más que en cualquiera de las veinte ciudades donde ya la N. A. S. A. tiene intereses?

La respuesta a esto descansa en la amistad que une a Johnson con George Brown. Al mismo tiempo que Johnson asumía el cargo de jefe de la junta espacial, Houston fue elegido como lugar de operaciones de la N. A. S. A. y la Brown & Root lo fue para construir la base espacial. En la decisión final jugó también un papel importante el congresista Albert Thomas, de Houston, presidente del Subcomité de Asignaciones que controla el presupuesto de la N. A. S. A. Thomas era un antiguo compañero de George Brown en la Universidad de Rice e intimaron mucho posteriormente. Brown consiguió la instauración de una cátedra de ciencias políticas en Rice, en honor de Thomas. Brown es, desde hace mucho tiempo, presidente del Consejo de Administración de aquella Universidad. La Humble Oil Company, que es la compañía petrolífera mayor de Texas y actualmente subsidiaria de la Jersey Standard, siempre ha considerado la escuela de Rice como «suya». Harry Weiss, que últimamente pasó por la Humble, formó parte del Consejo de Administración de la citada Universidad de Rice. Walter Fondern, uno de los fundadores de la Humble, hizo la donación del dinero necesario para la construcción de la biblioteca Fondern, en Rice; Weiss hizo entrega del dinero preciso para la creación de un departamento de Geología, en Rice; una mayoritaria parte de la promoción que sale de Rice pasa a formar parte de la nómina de Humble —aunque actualmente no es exactamente así—. La alta estima que tiene Johnson por la industria petrolífera de Texas, y especialmente por compañías tales como la Humble, es naturalmente un asunto que pesa mucho en el Senado.

Los corazones de Johnson, Thomas, Brown, Rice y Humble experimentaron una supina satisfacción cuando la N. A. S. A. llegó a Houston. Es evidente

LYNDON ÜBER ALLES



que, además del coste y los honorarios de la Brown & Root en el proyecto de los 90 millones de dólares, existieron algunos beneficios más. La Humble Oil cedió 1.000 acres —que atravesaban Rice—, que el Gobierno aceptó como núcleo de residencia de la base de naves espaciales tripuladas. Si consideramos el coste actual de los terrenos, veremos que el donativo ascendía, como mínimo, a cinco millones de dólares. Mas la Humble no quedó precisamente perjudicada por su benevolencia: es la mayor propietaria de tierras de toda esa zona —un nativo de por aquí recordaba que posee, como mínimo, 50.000 acres en aquellos alrededores—, y con la instalación de la base espacial toda la tierra de los contornos quintuplicó su valor inicial. Y los precios no han hecho más que empezar a subir.

Además, la presencia de la base espacial ha llevado nueva vida a las posesiones de la Humble, principalmente a lo largo del canal navegable, que dista pocas millas de allí, y que fue construido por esa compañía para contribuir al desarrollo del complejo industrial que constituye Bayport. Este canal navegable fue el motivo que sirvió de excusa para justificar la instalación en Houston de la base espacial. Se dijo que habría un fácil acceso al Golfo para el transporte hasta allí de las gigantescas naves espaciales. Pero, en el mejor de los casos, fue una propaganda mal montada. Como nunca habían existido planes para hacer despegar las naves desde Houston y aquel canal llevaba allí varios años, la cosa no parece muy clara.

Otro de los beneficiarios de la puesta en marcha de la nueva base espacial fue Jack Valenti, antiguo empleado de la Humble Oil y, hasta hace bien poco, colaborador del Presidente Johnson: la empresa de la que es directivo ha firmado un contrato con la cercana ciudad de Clear Lake para la construcción de viviendas. A la Universidad de Rice tampoco le fue mal. Se ha convertido, casi, en una ramificación de la N. A. S. A. Es la primera Universidad del país que ha establecido un departamento de ciencia espacial, que otorga títulos de ciencia espacial. Es, además, la primera Universidad del país a la que han sido adjudicados contratos de la N. A. S. A. Asimismo, ha recibido varios millones de dólares para la fabricación de satélites.

Todo ello le hace sentirse orgulloso a George Brown y, desde luego, también contribuye al orgullo de Johnson. El perfecto «envasado de productos porcinos», en el que tan experimentado está Johnson, ha sido justificado siempre en nombre de la ciencia, de la educación y, más normalmente, del patriotismo. Ningún norteamericano discutirá por eso.

Otros íntimos amigos de Johnson, como el multimillonario de la construcción H. B. (Pat) Zachry, han cosechado pingües fortunas procedentes de los contratos federales, pero ninguno de ellos iguala la patriótica-científica-didáctica buena suerte de la Brown & Root. Para citar otro ejemplo, ahí tenemos al asunto Mohole, si bien este asunto, que está relacionado con el tándem L. B. J.-B. & R., tuvo un desarrollo más inquieto: estuvo salpicado de un derroche de favoritismos y puntillitos políticos.

Cuando irrumpió el onírico proyecto Mohole —que se suponía que había descubierto la forma de penetrar en la corteza terrestre, a través del fondo oceánico, a unas 100 millas de Honolulu— en un almuerzo que reunió a varios geofísicos, hace unos nueve años, se pensó que podría realizarse con una suma comprendida entre los 5 y los 20 millones de dólares.

En un principio, el proyecto llevaba consigo la única aureola del hecho científico. Poco después de que finalizase la fase-1 —esto es, a los 1,5 millones de dólares del desarrollo de la prueba, punto en que se vio la posibilidad de perforar la corteza oceánica a partir de un vehículo de libre flotación— los científicos comenzaron a ser dejados de lado y los hombres de negocio entraron en acción. Un congresista, más tarde, se lamentó de que la dirección del proyecto se hubiera cedido a «esos poderosos hombres de negocios que nunca han realizado, en parte alguna del mundo, una perforación mayor que el agujero de una letrina». Pero esto no era del todo exacto. La Brown & Root había efectuado sondeos más profundos que el de una letrina: había perforado vetas petrolíferas.

Al cambiar bruscamente el tono del asunto, por haber pasado de la zona científica a la zona especuladora, los costos del proyecto se dispararon automáticamente. La National Science Foundation (N. S. F.), que se suponía supervisaría los trabajos de la Brown & Root, abandonó la tarea. Periódicamente, alguno de sus funcionarios hacía una escapada de sus oficinas y, con la cara muy larga, proclamaba públicamente que el coste subiría un poco más de lo que se había previsto. En la última de dichas escapadas se habló de 127 millones de dólares. Las cosas comenzaban a salirse de todo control.

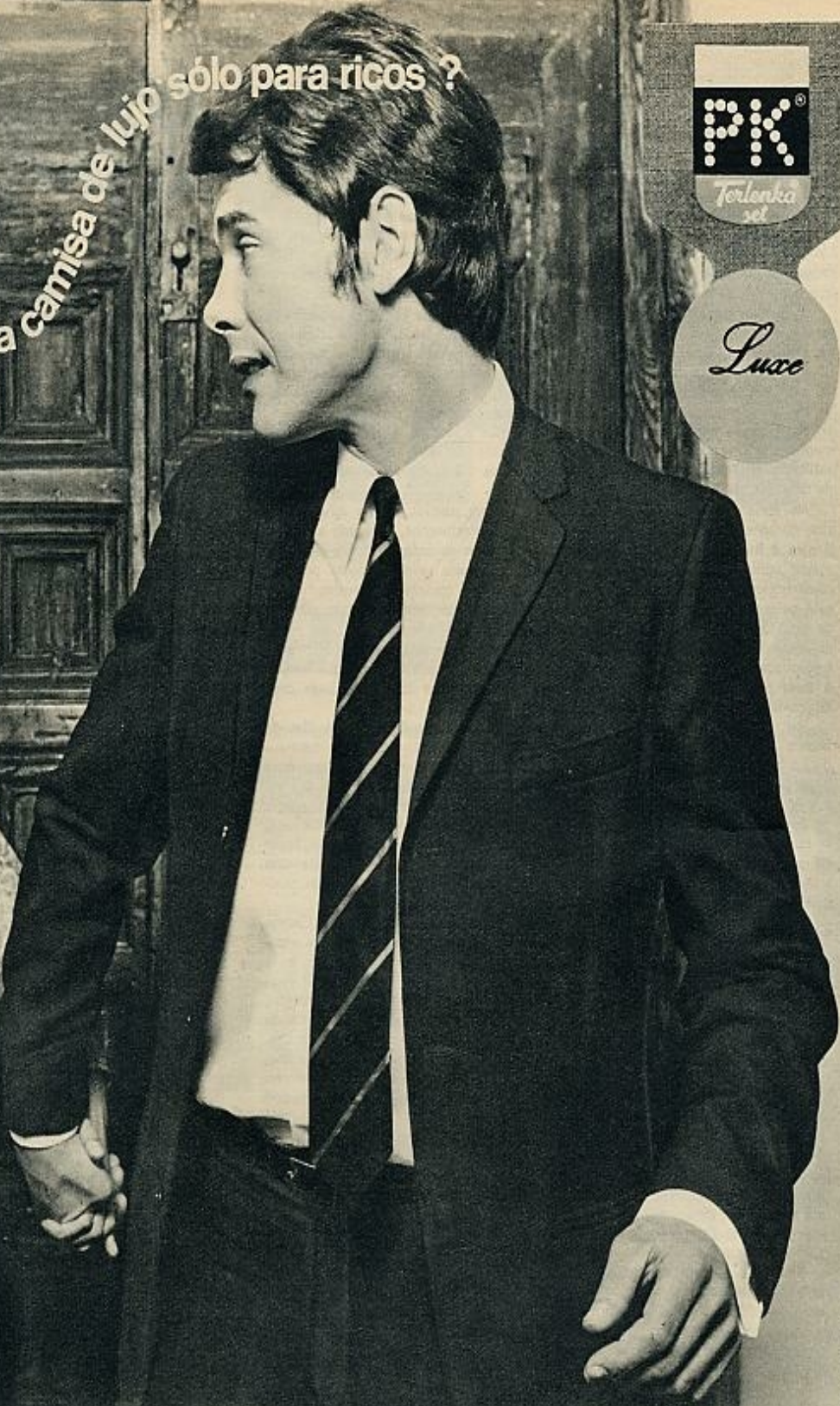
Desde el mismo principio, el papel de la National Science Foundation en este asunto se vio difuminado. La N. S. F. no se dedica a administrar programas, sino únicamente a suministrar el dinero para la investigación fundamental, sin gastos adyacentes. Pero, por alguna razón, se salió de su papel tradicional —hubo quienes sospecharon que para actuar como tapadera de ciertos oportunistas— y pasó a convertirse en la administradora del proyecto Mohole, tarea que llevó a cabo con una notable torpeza. En 1962 ya tropezó con dificultades. Pero fue entonces cuando se constituyeron los comités para la eventual planificación del proyecto Mohole en el Congreso, cuando mediante un arreglo secreto y ampliamente criticado, se adjudicó el contrato a la Brown & Root, a pesar de que una comisión de especialistas había recomendado a otras dos firmas. La oferta de la Brown & Root no era la más económica. Efectivamente, era un 50 por ciento más elevada que la más costosa de las propuestas presentadas.

Al principio, la N. S. F. se negó a revelar las maniobras de contratación afirmando que ello no era de «interés público». Solamente después de que

Johnson y su esposa en el hospital de Bethesda. El Presidente acababa de ser operado. Fue en noviembre de 1966.



una camisa de lujo sólo para ricos ?



PULIDO S/A ●



Antes, no hace mucho, el hombre debía ser adinerado para vestir bien y ello ha venido ocurriendo hasta la evolución industrial creada por PK.

PK ha dejado atrás los "modelos únicos" y ha conseguido una camisa de lujo a "su medida", con precio de confección. PK es la primera camisa de lujo con el LARGO DE MANGA A SU MEDIDA. Siempre planchada (por supuesto), fino y sedoso tacto, en tres elegantes colores: CREMA · CELESTE · BLANCO.

Ahora, el hombre pide así sus camisas: "QUIERO UNA CAMISA PK CON EL LARGO DE MANGA A MI MEDIDA". Vista una camisa PK. Ni corta ni larga, justo con...

...largo de manga a su medida

PARA LOS IMPKLES UNA CAMISA DE LUJO POR SOLO 460.000 PTAS

The Angeles Times y de que el senador Kuchel, de California, levantara un clamor nacional, y de que el Presidente Kennedy interviniera y ordenara que la información se publicase, salieron a relucir todos los enredos. La mayoría, no todos.

Por sus trabajos, la Brown & Root tuvo garantizados 1,7 millones de dólares, honorarios nada despreciables, pero no excesivos si los comparamos con sus ingresos anuales de 300 millones de dólares. Los grandes beneficios de la Brown & Root deberían provenir de otro manantial, como veremos más adelante. El senador Kuchel dijo que intereses egoístas, «políticamente poderosos», habían intervenido en nombre de la Brown & Root. Nadie llegó a saber cuál era el factor «políticamente poderoso», pero existían una enormidad de conjeturas.

En 1966, el Congreso se sentía agotado por este asunto, mientras observaba cómo una corriente creciente de fondos se iban dilapidando regularmente. Entonces se supo que George Brown y sus tres hijas, junto con sus respectivos esposos, habían donado 25.000 dólares al Club Presidencial. Poco después, al cabo de unas semanas, dio la coincidencia de que Johnson solicitó del Congreso la ampliación de más fondos para la realización del proyecto Mohole. El Congreso, colectivamente harto, aprovechó las circunstancias para anular el proyecto definitivamente.

George Brown explicó que era «ridículo» pensar que las contribuciones al Club tenían alguna relación con el proyecto Mohole. Era ridículo, desde luego. Con todo el dinero que Brown ha invertido en la carrera política de Johnson, es ridículo pensar que estos 25.000 dólares hubieran impresionado al Presidente. De todos modos, Brown tenía sus honorarios asegurados, tanto si el proyecto continuaba como si no. El proyecto científico del asunto les tenía sin cuidado. Lo único que le importaba a la Brown & Root era —el igual que toda la industria petrolífera— el aprender cómo perforar en las profundidades oceánicas desde una unidad flotante, de cara a sus propios proyectos.

El apoyo de Johnson fue, en su día, un factor decisivo. Constituyó, en primer lugar, un inmenso favor para la industria petrolífera: existe más petróleo bajo los suelos oceánicos que el que pueda descubrirse en los continentes. Como la perforación en tales condiciones representaría un gasto astronómico que ninguna empresa privada podría soportar, y les interesa sobre manera la absorción del petróleo allí depositado, ¿por qué no conseguir que pague el Gobierno? Ese era el motor del asunto Mohole. Exactamente ése. En segundo lugar, la Brown & Root solamente tenía interés por llevar a cabo las instalaciones y lucrarse exclusivamente con los presupuestos votados para la perforación. Cuando la National Science Foundation se vio sometida a críticas por favorecer a la Brown & Root por encima de otras ofertas que resultaban más económicas —se trataba en su mayoría de compañías dedicadas exclusivamente al negocio petrolífero—, el director de la misma, Alan T. Waterman, justificó su actitud diciendo que no había querido dar a ninguna compañía petrolífera preferencia sobre otras del mismo ramo, ello hubiera representado una ventaja para la elegida. Tal como estaba entendido el proyecto Mohole, por parte de la N.S.F. quedaba patente que la Brown & Root no tiene nada que ver con la industria petrolífera, es solamente una empresa constructora, y, por lo tanto, no podría sacar partido aprendiendo a perforar en los fondos oceánicos.

Más adelante, sin tener relación alguna sobre el proyecto Mohole, la mayoría de las acciones de la Brown & Root —George Brown firmaba como presidente— fueron adquiridas por la Halliburton Company, de Dallas, la mayor corporación empresarial del mundo en asuntos relacionados con la mecánica de los pozos petrolíferos: obras de hormigonado, instalación de pozos petrolíferos, etc. Con los principales secretos de la técnica en su poder, la Brown & Root-Halliburton estaría en condiciones de ejecutar cualquier orden.

Fue extraño que los vastos beneficios derivados de la industria petrolífera —al igual que los derivados de las industrias como la Brown & Root, que no son tan sólo participes de los intereses petrolíferos, sino que trabajan para ellos— apenas fueran mencionados en el debate del Congreso. Únicamente el senador Moss, de Utah, parecía inclinado a ejercer francamente en este asunto. «El esfuerzo desarrollado por la ingeniería en el proyecto Mohole —dijo— no solamente reportará conocimientos científicos. Los conocimientos adquiridos en el desarrollo de nuevas herramientas, nuevas técnicas y nuevos equipos industriales, aumentará la ya enorme capacidad de nuestra industria petrolífera en un 40 por ciento. La nueva tecnología de la perforación, desarrollada en el proyecto Mohole, encontrará inmediata aplicación en las perforaciones, vaciados y análisis de muestras de las extracciones que se realicen en un futuro próximo, ya sea de la tierra o del mar». Eso es lo que el proyecto Mohole resultó ser: ésa era la «cosa» que apoyaban los intereses «políticamente poderosos» y/o Johnson, y en la que el Gobierno había invertido 55 millones de dólares antes de que el Congreso procediera a invitarle a desistir. El asunto no era nada más que un gigantesco laboratorio al servicio de la industria petrolífera.

Pero la Brown & Root no tuvo un momento de respiro para poder lamentar la pérdida del proyecto Mohole, al que George Brown definió como «una gota en un cubo de agua». Estaba ya involucrada en otra de sus grandes y patrióticas empresas. Quizá la más fantástica de todas: convertir a Vietnam del Sur en una calcinada plataforma de arena, lisa como la palma de la mano.

Para esta digna empresa formó bloque común con la Raymond International of New York; Morrison-Knudsen, de Boise, Idaho, y J. A. Jones Construction Company, de Charlotte, N. C. Como bloque eran conocidos por las siglas R. M. K.-B. R. J. Rápidamente se dispusieron a desempeñar su papel en la Doctrina Johnson a cambio de la reconfortante tajada de los 900 millones de dólares a que ascendía el contrato. Era la adjudicación del mayor contrato que, en su género, se hubiera realizado jamás, cosa que no puede sorprender si tenemos en cuenta que gran parte de este tipo de trabajos, en tiempo de guerra, es realizado por unidades de fabricación militar: la Army Corps of Engineers y la Navy Seabres, las cuales lo llevan a cabo a un coste menor.

LYNDON ÜBER ALLES



El contrato fue adjudicado en 1962. Como el proyecto Mohole, empezó con poco: 15,3 millones de dólares. Cuando el Congreso se dio cuenta por dónde iba la R. M. K.-B. R. J. y Cia., los contratos —sobre aquellos trabajos a realizar a miles de millas de distancia— habían superado el nivel de los tres cuartos de billón de dólares.

Tal como Johnson ya había prevenido durante la guerra de Corea para que la misma no se convirtiese en una «guerra de teneduría de libros», alguien, por lo visto, había decidido no convertir este conflicto en otra «guerra de teneduría de libros». Durante los primeros años, el gigantesco consorcio fue controlado por un interventor federal; luego, esta labor, entre junio de 1964 y septiembre de 1965, quedó en manos de dos interventores de la Marina. Entre la última fecha y enero de 1966, al mostrar su desconformidad varios congresistas, el control de las cuentas fue realizado por seis funcionarios de las Fuerzas Aéreas y un soldado raso del ejército de Tierra. Estaban, naturalmente, amordazados. La Government Accounting Office (Oficina de Contabilidad Gubernamental) encontró que dichos supervisores solamente controlaban una séptima parte, aproximadamente, del pretendido alcance de los beneficios: el volumen de cuentas por revisar se iba acumulando día a día. Llegados a este extremo, resultaba ya imposible configurar el total a que ascendía el despilfarro. Algunos congresistas opinan que el consorcio ya había perdido o desperdiciado —los vietnamitas robaban gran cantidad de material— 125 millones de dólares en materiales.

Bertram L. Perkins, jefe permanente del consorcio, reconoció que ellos habían «reclutado gente con un caza-mariposas» como mano de obra para



En los funerales de Adenauer, en Bonn, coincidieron Johnson y De Gaulle. Dos «enemigos» que aparentaron reconciliarse ante Lübke, estrechándose las manos.

las construcciones. Aproximadamente una décima parte de la gente que trabaja en las obras, esto es, unos 4.500, se dice que pertenecen al Vietcong. El Departamento de Defensa no lo ha negado. Para la R. M. K.-B. R. J., eso no tiene importancia. Los beneficios del contrato son tan provechosos trabajando con el Vietcong como con quien sea.

Una cierta clase de beneficios a corto plazo irán a parar a los bolsillos de los que siguen a Johnson. La guerra de Vietnam lo prueba sobradamente de las más diversas formas. Los contratos para la defensa se han elevado en más de un 30 por ciento durante el pesado año; de éstos, Texas cosechó unos sanos 2,5 billones de dólares. En la Navidad de 1966, el Pentágono cursó pedidos de piel para la aviación por un valor de 186 millones de dólares. Las compañías de productos químicos —muy abundantes en las inmediaciones de Houston— llevan vendidos, hasta mediados de 1966, más de 10 millones de dólares en productos desfoliadores para su uso en Vietnam. Si fuéramos a detallarlo todo, la lista sería interminable. Aviación, caucho, petróleo, productos petroquímicos, algodón: todo iba perfectamente, tal como Johnson había previsto. «Renunciemos —dijo en Bangkok— a las tareas de la muerte y emprendamos las tareas de la vida». Hermosos pensamientos; pero los pingües beneficios constituyen la ecuación de la Doctrina Johnson para Asia.

© EDICIO DE MATERIAS 1968 - BARCELONA. PROHIBIDA LA REPRODUCCION.

PROXIMO CAPITULO:

LOS ANGULOS INEDITOS DE LA CONSTITUCION